

LECCIÓN 4

7 de diciembre de 1966

La última vez que nos encontramos aquí pudieron escuchar lo que les propuso Jacques-Alain Miller. Por razones de tiempo no pude agregarle muchas observaciones.

Pudieron ustedes notar en esta intervención caracterizada por un conocimiento seguro de lo que propiamente hablando fue inaugurado, podemos decir, en su conjunto como lógica moderna por el trabajo y la obra de Boole... Tal vez no sea vano que sepan que Jacques-Alain Miller, quien no estuvo presente en mi último... "curso", digamos, y que tampoco pudo estar al tanto de su contenido puesto que yo mismo no tuve el texto sino hace dos días, estaba entonces en cuanto a la vía y a la exposición que escogió... y también pudieron sentir, creo, en el momento en que lo anuncié en mi último curso, que yo no tenía claro cuál era el tema que él había escogido... Esos comentarios son importantes precisamente en razón de la extraordinaria convergencia, digamos, o también, si quieren, reaplicación de lo que pudo él enunciar ante ustedes sin duda, por supuesto, con conocimiento de causa, es decir, sabiendo cuáles son los principios y, si puedo decirlo, los axiomas en torno a los cuales gira por el momento mi desarrollo. Es sorprendente, no obstante, que con la ayuda de Boole en quien, por supuesto, está ausente esta articulación mayor de que NINGÚN SIGNIFICANTE PODRÍA SIGNIFICARSE A SÍ MISMO, que partiendo de la lógica de Boole, es decir, de ese momento de giro en donde en cierta forma uno se da cuenta, al haber buscado formalizar la lógica clásica, de que esta formalización misma permite no solamente aportarle extensiones mayores sino que resulta ser la esencia oculta sobre la cual esta lógica pudo orientarse y construirse creyendo seguir algo que en realidad no era su fundamento, creyendo seguir lo que vamos a intentar cernir hoy para, en cierta forma, alejarla del campo en donde vamos a proceder en la medida en que hemos anunciado *lógica del fantasma*... –la sorprendente facilidad con la cual Miller pudo encontrar, en los espacios en blanco de la lógica de Boole, la situación, el lugar donde el significante en su función propia queda, en cierta forma, elidido en ese famoso (-1) cuya exclusión de la lógica de Boole aisló admirablemente; la manera como, en esta misma elisión, señalaba él el lugar en donde se sitúa lo que intento articular aquí.

Lo importante de esto, creo, no es que yo lo felicite aquí sino que les permite a ustedes captar la coherencia, la línea recta en la que se inserta esta lógica que estamos obligados a fundar

en nombre de los hechos de lo inconsciente, y que, como hay que esperarlo, si somos lo que somos, es decir, racionalistas, lo que hay que esperar es, claro está, no que la lógica anterior quede en cierta forma patas arriba sino que pueda encontrar allí sus propios fundamentos.

Así mismo, pudieron ver ustedes de paso señalar en ese punto¹, que para nosotros necesita de la puesta en juego de un cierto símbolo, ese algo que corresponde a ese (-1) del que Boole no hace uso o cuyo uso se prohíbe, y no es seguro que ese (-1) sea el más adecuado porque lo propio de una lógica, de una lógica formal es que opere, y lo que vamos a desprender este año son nuevos operadores cuya sombra en cierta forma ya se ha perfilado en lo que (a la altura de los oídos a los que me dirigía) ya intenté articular de una manera manejable, manejable en lo que había que manejar, que no era más, en este caso, que la praxis analítica. Pero lo que este año llevamos a sus límites, a sus bordes propiamente hablando, nos obliga a dar formulaciones más rigurosas para cernir aquello con lo que tenemos que vérnoslas y que merece en ciertas facetas ser tomado, emprendido en la articulación más general que nos haya sido dada por el momento en materia de lógica, a saber, lo que se centra de la función de conjuntos.

Dejo ese tema de lo que Miller aportó entonces la última vez, menos como articulación con lo que desarrollo ante ustedes que como confirmación, garantía, encuadre, al margen. No deja de tener interés señalarles que al designar en Sartre bajo la apelación de la “conciencia tética de sí”², la manera que él tiene, en cierta forma, de ocupar el lugar donde recibe esta articulación lógica, que es nuestra tarea este año, no se trata con eso sino de lo que se llama un *reemplazante*³ muy precisamente, a saber, aquello de lo cual nosotros los analistas sólo nos tenemos que ocupar de una manera estrictamente equivalente a como nos ocupamos de los demás *reemplazantes* cuando tenemos que manejar lo que es efecto de lo inconsciente.

Es por eso que puede decirse que lo que puedo enunciar sobre la estructura no se sitúa de ninguna manera respecto a Sartre, puesto que ese punto fundamental en torno al cual gira el privilegio que él intenta mantener del sujeto es propiamente esa especie de *reemplazante* que no puede interesarme de manera alguna salvo en el registro de su interpretación.

Lógica, pues, del fantasma... Casi habría que recordar hoy (pero sólo podemos hacerlo muy rápidamente, a la manera como, cuando se toca con la punta del dedo una campana se la

¹ “que en ese punto” [Sizaret].

² Sartre Jean-Paul, *El ser y la nada*. 4ª parte. Se habría esperado que dijera “la conciencia no tética”; sería entonces el mismo lapsus que en la lección IX.

³ *tenant-lieu*.

hace vibrar un instante), recordarles al respecto la vacilación no extinguida de lo que se vincula con la tradición que el término de *universitario* precisará aquí, si le damos a ese sentido no algo que designe o deshonre un punto geográfico sino ese sentido de *Universitas litterarum* o un *cursus classicus*,⁴ digamos. De paso, no resulta inútil señalar que, independientemente de los demás sentidos, por supuesto mucho más históricos, que se le pueden dar a ese término de *Universidad*, hay en eso cierta alusión a lo que yo llamé el *universo del discurso*. Por lo menos no resulta vano relacionar los dos términos.

Ahora bien, es claro que en esta duda (acuérdense del vals), que el profesor de filosofía (durante el año en que casi todos ustedes pasaron por ahí, creo) hacía en torno a la lógica (a saber, ¿de qué se trata, de las leyes del pensamiento o de sus normas? ¿De la manera como eso funciona y que vamos a extraer científicamente, diríamos nosotros, o de la manera como eso se comporta?). Admitan que si aún estamos en esto y este debate no se ha zanjado, tal vez podamos tener una sospecha de que la función de la “Universidad”, en el sentido en que la articulaba hace poco, sea tal vez precisamente la de alejar la decisión...

Todo lo que quiero decir es que esta decisión tal vez es más interesante, hablo de lógica, en lo que sucede en Vietnam, por ejemplo, que en lo que concierne al pensamiento, si acaso es cierto que queda aún en suspenso en ese dilema entre sus *leyes*... lo cual nos deja a partir de entonces preguntándonos si se aplica al “mundo” como se dice, digamos mejor a lo real, en otras palabras, si no sueña (no pierdo mi hilo psicoanalítico. Hablo de cosas que nos interesan a nosotros los analistas porque a nosotros, analistas, saber si el hombre que piensa sueña es una pregunta que tiene un sentido de los más concretos; para dejarlos en su hambre, para que mantengan el aliento, sepan que tengo, en efecto, la intención de plantear este año la pregunta de lo que concierne al despertar)... *normas* del pensamiento, en la otra punta, ¡eso es exactamente lo que nos interesa también! Y en su dimensión no reducida por ese trabajo de limar asperezas con el que generalmente el profesor, cuando se trata de lógica en la clase de filosofía, terminará por hacer que esas leyes y esas normas terminen por presentarse con la misma suavidad que permite pasar un dedo de la una a la otra, en otras palabras, de manejar todo eso a la ciega.

Para nosotros, esta dimensión que se intitula la de la verdad no ha perdido su relieve (digo *nosotros* analistas), porque en últimas no necesita, no implica en sí misma el soporte del

⁴ “*cursus classicus*” [Sizaret]. La copia dactilográfica reza: “*litterarum* donde un cur[¿?] se sitúa allí, digamos”.

pensamiento, y al interrogar⁵ lo que es la verdad en cuestión respecto a la cual se suscita el fantasma de una norma, seguramente, resulta (de origen) que no es inmanente al pensamiento.

Si un día me permití escribir⁶, para llegar a los oídos que había que hacer vibrar, erigiendo una figura que de hecho no me era muy difícil hacer vivir, la de la verdad, saliendo de los pozos como siempre se la pinta, para hacerle decir “Yo, la verdad, hablo”, fue justamente, en efecto, para señalar ese relieve en el que nosotros hemos de mantener aquello a lo cual, propiamente hablando, se engancha nuestra experiencia y que es enteramente imposible de excluir de la articulación de Freud. Porque a Freud se lo pone enseguida contra la pared, y para eso no necesitamos intervenir, ¡él mismo se puso ahí!

El asunto de la manera como se presume el campo de la interpretación, el modo que la técnica analítica de Freud le da ocasión, en otras palabras, la asociación libre, nos lleva al corazón de esta organización formal de donde se esbozan los primeros pasos de una lógica matemática que lleva un nombre cuyo cosquilleo, sin embargo, no es posible que no les haya llegado a todos a sus oídos, que se llama *red*. Sí, y se precisa pero no es mi función de hoy precisarlo y recordarles lo que se llama entramado o “*lattice*” [transposición inglesa de la palabra *treillis*⁷]. De eso se trata en lo que Freud, tanto en sus primeros esbozos de una nueva psicología⁸ como en la manera como luego organiza el manejo de la sesión analítica como tal, eso es lo que construye, si puedo decirlo, antes de la letra. Y cuando se le objeta en un punto preciso de la *Traumdeutung* (no traje hoy el ejemplar donde había ubicado la página), lo que responde a la objeción es esto: “por supuesto, con su manera de proceder, en toda oportunidad, tendrán claramente la oportunidad de hallar un significado que hará de puente entre dos significaciones, y con esta manera de organizar los puentes siempre podrán ir de una parte a otra”... (No por nada había puesto yo el cartelito tomado del *Horus-Apolo* como por azar, a saber, de una interpretación de los jeroglíficos egipcios en el siglo XVI⁹, de una revista ahora desaparecida que se llamaba *La Psychanalyse*:¹⁰ la Oreja y el Puente). De eso se trata en Freud, y cada punto de convergencia de esa *red* o armazón [*lattis*] en que nos enseña a fundar la primera interrogación

⁵ La versión dactilográfica reza “y estimula a interrogar”.

⁶ En “La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”, 1955, retomado en los *Escritos*.

⁷ Enrejado, cuadrícula, entramado [T.]

⁸ S. Freud, “Proyecto de psicología”, 1887.

⁹ Horus Apolo u Horapolón, autor egipcio de comienzos de nuestra era que dejó una obra sobre los jeroglíficos [S.].

¹⁰ *La Psychanalyse*, ocho números, de 1956 a 1964, PUF.

es, en efecto, un puentecito, es de esa manera como funciona y eso es lo que se le objeta. Es así como todo explicará todo.

En otras palabras, lo que se opone fundamentalmente a la interpretación psicoanalítica no es ninguna especie de “crítica científica” (entre comillas) como se lo piensa por lo común, desde el único bagaje de sus años de filosofía del que aún disponen las mentes que entran en el campo de la medicina, a saber: ¡que el científico se funda en la experiencia! Por supuesto, no han abierto a Claude Bernard, pero conocen el título... No es una objeción científica, es una objeción que se remonta a la tradición medieval en la que se sabía qué era la *lógica*, se conocía más que en nuestro tiempo a pesar de los medios de difusión a nuestra disposición.

(Las cosas han llegado a tal punto, de hecho, que habiendo soltado recientemente en una de las entrevistas de las que les hablé, que mi gusto por el comentario lo había extraído de una vieja práctica de los escolásticos, les rogué que quitaran eso. ¡Sabe Dios qué hubiera podido deducir la gente de eso!) [risas].

En fin, en resumen, en la Edad Media se sabía que *ex falso sequitur quod libet*. En otras palabras, que hace parte de las características de lo falso el hacerlo *todo* verdad: la característica de lo falso es que se deduzca del mismo paso, con el mismo pie, lo falso y lo verdadero. No excluye lo verdadero. ¡Si excluyera lo verdadero sería demasiado fácil reconocerlo! Sólo que para darse cuenta de eso se requiere precisamente haber hecho un mínimo número de ejercicios de lógica, lo cual hasta ahora, que yo sepa, no hace parte de los estudios de medicina, ¡lo cual bastante lamentable! Y es claro que la manera como Freud responde nos lleva enseguida al terreno de la estructura de la *red*. Por supuesto, no lo expresa con todos los detalles, las precisiones modernas que podremos darle. Sería interesante, de hecho, saber cómo pudo y cómo no pudo sacar provecho de la enseñanza de Brentano que seguramente no desconocía; tenemos la prueba de ello en su programa universitario. La función de la estructura de la *red*, la manera como las líneas de *asociación* precisamente vienen a recubrirse, a traslaparse, a converger en puntos elegidos de donde tienen lugar nuevos puntos de partida electivos, es lo que señala Freud. Sabemos suficientemente, por todo lo que sigue en su obra, la inquietud, diríamos, la verdadera preocupación, para ser más preciso, que tenía por esta dimensión que, propiamente hablando, es justamente la de la verdad, ¡porque desde el punto de vista de la realidad estamos tranquilos!

Aún hasta saber que tal vez el traumatismo no es más que fantasma. De cierta manera, es hasta más seguro un fantasma, como estoy tratando de mostrárselos, porque es estructural, pero

eso no deja a Freud, que era bien capaz de inventar eso tanto como yo, lo imaginan ustedes, eso no lo deja más tranquilo. Dónde está ahí, se pregunta él, el criterio de verdad. Y él no habría escrito *El hombre de los lobos* si no estuviera tras esta pista, tras esta exigencia propia: ¿es verdad o no?

“¿Es verdad?”. Él sustenta esto en lo que se descubre al interrogar la figura fundamental que se manifiesta en el sueño repetitivo del Hombre de los lobos, y “¿es verdad?” no se reduce a saber si sí o no y a qué edad vivió algo que fue reconstruido con ayuda de esta figura del sueño. Lo esencial, basta con leer a Freud para que se den cuenta de eso, es saber cómo el sujeto, el Hombre de los lobos, pudo *verificar* esta escena... verificarla con todo su ser. Es a través de su síntoma. Lo que quiere decir, porque Freud no duda de la realidad de la escena original, lo que quiere decir cómo pudo articularla en términos propiamente de significante. Basta con que recuerden la figura del V romano, por ejemplo, en la medida en que está allí en cuestión y en que reaparece por todas partes, en las piernas abiertas de una mujer, o en el batido de las alas de una mariposa, para saber, para comprender, que de lo que se trata es del manejo del significante.

La relación de la verdad con el significante, el rodeo por el cual la experiencia analítica alcanza el proceso más moderno de la lógica, consiste justamente en lo siguiente: que esa relación del significante con la verdad puede cortocircuitar todo pensamiento que la soporte. Y así como se perfila en el horizonte de la lógica moderna una especie de mira que es la que reduce la lógica a un manejo correcto de lo que solamente es *escritura*, así mismo, para nosotros, el asunto de la verificación que concierne a aquello con lo que tenemos que vérnoslas pasa por ese hilo directo del juego del significante en la medida en que sólo de él queda suspendido el asunto de la verdad.

No es fácil poner en primer plano un término como el de *verdadero* sin hacer resonar inmediatamente todos los ecos donde vienen a inmiscuirse las “intuiciones” (entre comillas) más sospechosas y sin producir enseguida las objeciones: objeciones hechas de viejas experiencias de aquellos que, al adentrarse en esos terrenos, saben demasiado bien que cual gatos escaldados pueden temer al agua fría.¹¹ ¿Pero quién les dice que porque les hago decir “Yo, la verdad, hablo”, abro con eso la entrada al tema del *Ser*, por ejemplo? Examinémoslo por lo menos, para saberlo, en dos ocasiones. Contentémonos con ese nudo tan adrede que acabo de hacer entre la verdad, y con eso no indiqué a persona alguna sino aquello a lo que hice decir esas palabras:

¹¹ “Gato escaldado del agua fría huye” [T.]

¿Pero quién les dice que porque les hago decir “Yo, la verdad, hablo”, abro con eso la entrada al tema del *Ser*, por ejemplo? “Yo, la verdad, hablo”; persona alguna, divina o humana, queda interesada más allá de ésta, a saber, EL PUNTO DE ORIGEN DE LAS RELACIONES ENTRE EL SIGNIFICANTE Y LA VERDAD.

¿Qué relación hay entre esto y el punto del que partí hace poco? ¿Quiere esto decir que al llevarlos a ese campo de la lógica más formal, olvidé aquel donde se juega, según lo dije hace poco, la suerte de la lógica?

Es enteramente claro que el señor Bertrand Russell se interesa más que el señor Jacques Maritain en lo que pasa en Vietnam.¹² Por sí solo, esto puede ser para nosotros una indicación. Por lo demás, al evocar aquí *El campesino de la Garonne*¹³ (es su último disfraz) no le estoy apuntando (¿no saben ustedes que fue publicado *El campesino de la Garonne*? Pues bueno, vayan a conseguirlo...) [risas]. Es el último libro de Jacques Maritain, autor que se ocupó mucho de los autores escolásticos en la medida en que allí tiene lugar la influencia de la filosofía de Santo Tomás que, en últimas, no tiene por qué no ser evocado aquí en la medida en que una cierta manera de plantear los principios del ser no deja de tener incidencia sobre lo que se hace con la lógica. No se puede decir que eso impida el manejo de la lógica pero en ciertos momentos puede obstaculizarla. En todo caso, quería precisar, pido excusas por este paréntesis, que si evoco aquí a Jacques Maritain, y si, entonces, consecuentemente, implícitamente, los incito a encontrar su lectura no despreciable sino lejos de ser poco interesante, les ruego sin embargo remitirse a ella con esa mente de la paradoja que se demuestra allí, en el sostén -en este autor que ha llegado a su gran edad, como él mismo lo subraya-, de esa especie de rigor que permite ver allí llevado en verdad hasta un atolladero caricaturesco, ubicando muy exactamente todo el relieve del desarrollo moderno del pensamiento, el mantenimiento de las más impensables esperanzas respecto a lo que debería desarrollarse ya sea en su lugar ya sea en sus márgenes, y para que pudiera mantenerse lo que es su adhesión central, a saber, lo que él llama “la intuición del Ser”. Al respecto habla de “Eros filosófico” y, a decir verdad, no tengo razones (con lo que planteo ante ustedes sobre el deseo) para repudiar el uso de tal término, pero en esta ocasión su uso, a saber, para en nombre de la filosofía del Ser esperar el renacimiento correlativo al

¹² A comienzos de los años sesenta, Russel funda con Sartre el Tribunal Russel, destinado a juzgar los crímenes de guerra cometidos por los americanos en Vietnam.

¹³ Jacques Maritain, *Le Paysan de la Garonne – Un vieux laïc s’interroge à propos du temps présent*, París, Desclée de Brouwer, 1966.

desarrollo de la ciencia moderna de una filosofía de la Naturaleza, participa de un Eros, me parece, ¡que sólo puede situarse en el registro de la comedia italiana! [Risas]. Por supuesto, esto no impide de ninguna manera que de paso, para tomar distancia de eso y para repudiarlos, no se puntúen algunos comentarios, más de uno, y a decir verdad a todo lo largo del libro algunos comentarios agudos y pertinentes respecto a lo que, por ejemplo, concierne a la estructura de la ciencia. Que, efectivamente, nuestra ciencia no tiene nada en común con la dimensión del Conocimiento, es lo que, en efecto, es bastante preciso pero que no implica en sí mismo una esperanza, una promesa de este renacimiento del Conocimiento, en el sentido antiguo y rechazado que contiene en nuestra perspectiva.

Entonces, después de este paréntesis retomo, pues, lo que tenemos que interrogar nosotros. No tenemos ninguna necesidad de recular ante el uso de esos cuadros de verdad con los que los lógicos introducen, por ejemplo, un cierto número de funciones fundamentales de la lógica de las proposiciones.

Escribir que la conjunción de dos proposiciones implica (una tabla, se los recuerdo, no se las voy a hacer todas, está al alcance de todo el mundo verla), implica que si de las dos proposiciones pusiéramos aquí los valores, a saber, de la proposición p el valor verdadero y el valor falso (a saber, que puede ser o verdadero o falso), y de la proposición q el valor verdadero y el valor falso, y que en ese caso lo que se llama conjunción, a saber, lo que son, reunidas juntas, sólo será verdadero si los dos son verdaderos en todos los demás casos, su conjunción dará un resultado falso. Ese es el tipo de tabla de que se trata y que no tengo que hacer variar ante ustedes porque basta con que abran el comienzo de cualquier volumen que tenga que ver con la lógica moderna para encontrar cómo se definirá de manera diferente, por ejemplo, la disyunción o también la implicación, o aún la equivalencia:

$\begin{array}{c} \diagdown \\ q \end{array} \begin{array}{c} P \\ \diagup \end{array}$	V	F
V	V	F
F	F	F

Y esto puede resultar para nosotros soporte, pero es sólo soporte y apoyo para lo que tenemos que preguntarnos, a saber, ¿es lícito (lo que manejamos, si puedo decir, por la palabra, lo que decimos al decir que hay verdad), es lícito escribir lo que decimos en la medida en que al *escribirlo* va a ser para nosotros el fundamento de nuestra manipulación?

En efecto, la lógica, la lógica moderna, acabo de decirlo y de repetirlo, entiende instituirse no dije de una convención sino de una regla de escritura; regla de escritura, por supuesto ¿que se funda sobre qué? Sobre ese hecho de que, en el momento de constituir su alfabeto, hemos planteado un cierto número de reglas, llamadas axiomas, que conciernen a su manipulación correcta y que esto es en cierta forma una palabra que nosotros nos hemos dado a nosotros mismos.

¿Tenemos derecho a inscribir en los significantes la *V* y la *F* de lo verdadero y de lo falso como algo manejable lógicamente? Es seguro que, independientemente del carácter en cierta forma introductorio, de premisa, de esos cuadros de verdad en los detallados tratados de lógica que pueden caerles en las manos, es seguro que todo el esfuerzo del desarrollo de esta lógica será tal que si se construyera la lógica proposicional sin partir de esas tablas, sería necesario, de hecho, después de haber construido las reglas de su deductibilidad de otra manera, volver a ellas. Pero lo que nos interesa a nosotros es también saber, digamos, por lo menos lo que quería decir que se hiciera uso de ello, digo aquí, muy particularmente en la lógica estoica. Hace poco aludí al *ex falso sequitur quod libet*. Por supuesto, se trata de algo que debió aparecer desde hace mucho tiempo pero es claro que nunca se lo articuló con tal fuerza, nunca en ninguna parte mejor que entre los estoicos.

Sobre lo verdadero y lo falso los estoicos se preguntaron por esta vía lógica, a saber, qué se requiere para que lo verdadero y lo falso tengan una relación con la lógica en el sentido propio en que lo ubicamos aquí, a saber, en que el fundamento de la lógica no ha de tomarse más que en la articulación del lenguaje, en la cadena significativa. Por eso su lógica era una lógica de proposiciones y no de clases. Para que exista una lógica de las proposiciones, aún para que eso pueda operar ¿cómo se requiere que las proposiciones se encadenen respecto a lo verdadero y lo falso? O esta lógica nada tiene que ver con lo verdadero y lo falso o, si tiene que ver, lo verdadero debe engendrar lo verdadero. Es lo que se llama la relación de implicación en el sentido en que no hace intervenir más que dos tiempos proposicionales: la *prótasis*... digo “prótasis” para no decir “hipótesis”, lo cual despertará en ustedes la idea de que nos ponemos a creer en algo, no se trata de creer, ni de creer que es cierto, se trata de plantear: “prótasis”, es todo. Es decir, que lo que se afirma se afirma como verdadero. Y la segunda proposición: *apódosis*. Definimos la implicación como algo donde puede haber, únicamente, una

prótasis verdadera y una apódosis verdadera. Esto sólo puede dar algo que ponemos entre paréntesis y que constituye un vínculo verdadero.

¡Esto no quiere decir que solamente pueda existir esto! Supongamos la misma prótasis falsa y la apódosis verdadera; pues bien, los estoicos les dirán que esto es verdadero porque es precisamente *ex falso sequitur quod libet*: de lo falso puede implicarse tanto lo verdadero como lo falso, y consecuentemente, si es lo verdadero, no hay ahí objeción lógica. La implicación no quiere decir la causa, la implicación quiere decir este vínculo donde se unen de cierta manera, respecto a la tabla de verdad, la prótasis y la apódosis. Lo único que no funciona –por lo menos es esta la doctrina de un tal Filón¹⁴ que tenía ahí un papel eminente–, es cuando la prótasis sea verdadera y la apódosis falsa, lo verdadero no podría implicar lo falso, es el fundamento más radical de toda posibilidad de manejar, en una cierta relación con la verdad, la cadena significativa como tal.

Tenemos aquí, entonces, la posibilidad de una tabla que, se los repito, se construye de esta manera, a saber, cuando la proposición *p* siendo verdadera, la proposición *q* es falsa, entonces, el vínculo de implicación se connota de falsedad.

q \ p	V	F
V	V	V
F	F	V

¿Qué quiere decir esto? Por supuesto, las condiciones de existencia más radicales de una lógica, se los dije. El problema es enteramente evidente. Es con lo que tenemos que vérnoslas nosotros cuando tenemos luego que hablar de lo que está escrito ahí. En otras palabras, cuando el sujeto de la enunciación entra en juego. Para subrayarlo sólo tenemos que observar lo que sucede cuando decimos que “es cierto que es falso”. Eso no cambia, a saber, simplemente, lo falso vuelve a tomar tal vez no sé qué de lustre, de encuadre que lo hace pasar a lo falso “resplandeciente”. No obstante, eso no es nada. Decir que “es falso que es verdadero” tiene el mismo resultado, quiero decir, que fundamos lo falso pero, ¿es exactamente lo mismo? Así sea únicamente para indicar esto que vamos a señalar, que diremos más bien “es falso que sea verdadero”. El uso del subjuntivo nos indica ahí que algo sucede.

¹⁴ Cfr. el capítulo sobre los megárenses en *La logique et son histoire* de R. Blanche, Armand Colin, 1970.

Decir que “es falso que es verdadero” también va bien y nos deja una verdad garantizada aún cuando tautológica. Pero decir “es falso que sea falso” no garantiza, sin duda, el mismo orden de verdad.

Decir “no es falso” no es, sin embargo, decir “es verdadero”.

Remitimos pues, con la dimensión de la enunciación, queda en suspenso algo que sólo exigía funcionar, de una manera enteramente automática a nivel de la escritura [*sic*].

Por eso, es enteramente sorprendente notar cuál es el lado resbaloso de ese punto en que el drama, si puedo decirlo, surge muy exactamente de esta duplicidad del sujeto que es la que, debo decirlo, no dudaré en ilustrar con una breve historia a la cual he aludido ya varias veces porque no ha dejado de tener incidencias (digamos... la carrera de mi breve historia), esta especie de reclamo, hasta de exigencia que surgía algún día de la garganta de alguien bastante seducido por lo que aportaba yo a manera de primeras articulaciones de mi enseñanza respecto a la jaculatoria lanzada hacia el cielo: *¿Por qué –decía ese personaje– no dice él lo verdadero de lo verdadero?* Esta especie de urgencia, hasta de inquietud, encontraría ya, creo, suficientemente su respuesta en esta única condición de volver a pasar por el significante escrito.

¡Lo verdadero de lo verdadero! Lo *V* de lo *V*. El significante no podría significarse a sí mismo, salvo justamente cuando no sea a él al que significa, es decir, cuando haga uso de la metáfora. Y nada impide a la metáfora que sustituye un significante diferente por esa *V* de la verdad, hacer en ese momento resurgir la verdad con el extraordinario efecto de la metáfora, a saber, la creación de un significante falso.

De hecho, eso tiene lugar todo el tiempo. Y respecto al discurso, por muy riguroso que intente hacerlo hoy, puede también en muchos rincones de lo que más o menos adecuadamente se llama sus cerebros, engendrar esas especies de confusiones relacionadas justamente con la producción del significado en la metáfora. Cierto, no sorprende que regrese a mis oídos que de la misma fuente, entonces, de donde se producía esta invocación nostálgica, un enunciado reciente haya tenido por objetivo, respecto a lo que enseña Freud, lo que tan elegantemente esta boca articuló como ¡“dilución conceptual”! En efecto, ahí hay una especie de confesión donde precisamente se designa lo siguiente: la relación estrecha que tiene el objeto parcial con la estructura del sujeto. La idea¹⁵ o aún simplemente el hecho de admitir que es posible en cualquier cosa comentar un texto de Freud, diluyendo sus conceptos, evoca invenciblemente algo

¹⁵ “El ideal”[Sizaret].

que de ninguna manera sería satisfacer la función de objeto parcial; el objeto parcial ha de poderse zanjar. De ninguna manera, el tarro de mostaza, el tarro de mostaza que en su momento definí como estando necesariamente vacío (vacío de mostaza, naturalmente) podría ser llenado de manera satisfactoria con lo que la dilución evoca suficientemente, a saber, la mierda floja.

Es extremadamente esencial ver la coherencia, precisamente, que tienen esos objetos primordiales con todo manejo correcto de una dialéctica, como se dice, subjetiva.

Para retomar, entonces, esos primeros pasos que acabamos de dar respecto a la implicación, es necesario ver surgir aquí, en esa juntura entre la verdad y ese manejo de lo escrito, ver aquello de lo que se trata, a saber: LO QUE PUEDE SER ESCRITO Y LO QUE NO PUEDE.

¿Qué quiere decir ese “no puede” cuya definición, en últimas, resulta enteramente arbitraria? El único límite planteado en la lógica moderna al funcionamiento de un alfabeto en un cierto sistema, el único límite es el de la palabra dada, axiomática, inicial. ¿Qué quiere decir el “no puede”? Tiene su sentido en la palabra dada inicial, interdictiva, pero ¿qué es lo que puede escribirse de eso? El problema de la negación ha de plantearse a nivel de la escritura, en la medida en que la regla como funcionamiento lógico.

Aquí, enseguida, por supuesto, se nos aparece la necesidad que hizo surgir primero este uso de la negación en esas imágenes intuitivas marcadas por el primer dibujo de lo que aún no sabíamos que era un borde: en cierta forma, las imágenes de un límite, aquel donde la lógica primera, aquella que introdujo Aristóteles, lógica del predicado, marca el campo en donde una clase se caracteriza por un predicado dado y el *por-fuera-de-ese-campo* designado como “*no-adjunto al predicado*”.

Por supuesto, a nivel de Aristóteles no se notó, no se articuló, que esto implica la unidad del universo del discurso. Decir, como en alguna parte lo escribí respecto a lo inconsciente para hacer sentir su absurdo, “que está lo negro y además... todo lo que no lo es”, que esto tiene un sentido, he ahí el fundamento de la lógica de clases o del predicado. Es muy precisamente en razón de lo que esto implica ya de sospecha si no de sin salida, que se intentó fundar otra cosa.

No será hoy pero seguramente en las sesiones que seguirán, cuando intentaré distinguir para ustedes, de una manera completa, cuáles son los niveles lógicos propiamente hablando, (esto se impone de la escritura misma), que se impone distinguir, en lo que concierne a la negación. Es por medio de pequeñas letras igualmente claras y también una vez fijadas en el

tablero que les mostraré que hay cuatro escalas diferentes de negación entre las cuales está la negación clásica (aquella que invoca y parece fundarse únicamente en el principio de no contradicción), negación clásica que es solamente una de ellas.

Esta distinción técnica, quiero decir, de lo que puede formularse estrictamente en lógica formal, será seguramente enteramente esencial para permitirnos interrogar lo que Freud dice (y que, por supuesto, desde que lo dijo se lo repite sin que siquiera se lo empiece a examinar) que *el inconsciente no conoce la contradicción*.

Es bastante triste que algunos comentarios (lanzados en esta forma de flecha iluminadora puesto que se trata de algo que verdaderamente nos pone en la pista de los más radicales desarrollos), hayan quedado en este estado en vilo, a tal punto que aún una dama que llevaba ese título que, en efecto, tenía ella oficialmente de “princesa”, haya podido repetirlo creyendo que con eso decía algo. Ese es el peligro de la lógica precisamente, que la lógica sólo se sostiene allí donde se la puede manejar en el uso de la escritura, pero que, propiamente hablando, nadie puede estar seguro de que alguien que hable de eso diga lo mismo. ¡Eso es justamente lo que la hace sospechosa! Es también por eso que nos es tan necesario recurrir al aparato de la escritura. No obstante, nuestro peligro, nuestro riesgo, el nuestro, es que tenemos que darnos cuenta del modo como surgió, en un lugar diferente al de la articulación escrita, esta negación. ¿Dónde viene, por ejemplo? ¿Dónde vamos a poder captarla? ¿Dónde vamos a tener que vernos forzados a escribirla con los únicos aparatos que ya he producido aquí ante ustedes?

Tomemos esta implicación: la proposición p implica la proposición q . Intentemos ver qué sucede al partir de q , a saber, de lo que podemos articular de la proposición p si la ponemos después de la proposición q . Pues bien, debemos escribir la relación antes o al lado o encima, en alguna parte relacionada con q .

p implica q indica que si no q no p . Repito, es un ejemplo y uno de los más sensibles de la necesidad del surgimiento en lo escrito de algo que nos equivocaríamos si creyéramos que es lo mismo que funcionaba hace poco a título de lo complementario, por ejemplo, a saber, que por sí mismo planteaba el universo del discurso como Uno. Las dos cosas van tan poco juntas que basta con decretarlo para desarticular el uno del otro, para hacer que el uno y el otro funcionen diferentemente.

Entre las variedades, pues, de esta negación que se propone para nosotros como algo que hay que interrogar desde antes, de lo que puede ser escrito, a saber, del punto donde se elimina la

duplicidad del sujeto de la enunciación en el sujeto del enunciado –si ustedes quieren, del punto donde esta duplicidad se mantiene–, tendremos primero la función de la negación en la medida en que rechaza de todo orden del discurso, en la medida en que el discurso lo articula, aquello de lo que habla. Tomemos, se los haré subrayar muy precisamente, lo que Freud plantea y que es desconocido cuando articula el primer paso de la experiencia en la medida en que está estructurado por el principio del placer como ordenándose, dice él, de un *yo* y de un *no-yo*. Somos tan poco lógicos que no nos damos cuenta de que en ese momento no podría tratarse (esto con una manera tanto más falible cuanto que en el texto de Freud se distinguen los dos pisos, el *yo* y el *no-yo* en la medida en que se definen la oposición *Lust-Unlust*), y que no hay que considerarlos como del tipo de esta complementariedad impuesta por el universo del discurso, que Freud la diferencia poniendo en la primera línea *Ich-Außenwelt*, lo cual no es del mismo registro.

Si en ese momento *yo* y *no-yo* querían decir captación del mundo en el universo del discurso, lo que propiamente hablando es lo que se evoca cuando se considera que el narcisismo primario puede intervenir en la sesión analítica, esto querría decir que el sujeto infantil, en el punto en que Freud lo designa, ya en el primer funcionamiento del principio del placer, es capaz de hacer lógica. Cuando de lo que se trata es propiamente de la identificación del *yo* en lo que le place, en el *Lust*. Esto quiere decir que el *yo* del sujeto se aliena aquí de manera imaginaria, lo cual quiere decir que es precisamente en el *afuera* que lo que place es aislado como *yo*. Ese primer *no* que es fundador en cuanto a la estructura narcisista, en la medida en que en lo que sigue de Freud no se desarrollará nada menos que en esa especie de negación del amor, respecto a la cual, cuando se la halla, como sucedió en mi discurso, ¡no se dirá que yo digo lo verdadero de lo verdadero sino que digo lo verdadero de lo que dice Freud!

Que todo amor esté fundado en ese narcisismo primero, he ahí uno de los términos de donde Freud al partir nos solicita saber lo que concierne a esta función pretendida universal en la medida en que viene a darle la mano a la famosa “intuición”, denunciada hace poco, del Ser. He aquí esta negación que llamaremos el DES de desconocimiento que ya nos plantea su pregunta.

Y que se diferencia del complemento en la medida en que en el universo del discurso designa – ¿y puede designar?– la contrapartida, lo que llamaremos si quieren aquí el CONTRA para no decir más y llamarlo lo *contrario*, que se distingue de ése perfectamente y en Freud mismo.

Esto es lo que luego entrará más lejos y de manera más manejable que lo es en la escritura lógica (a lo cual aludí hace poco en la implicación), en la medida en que al regularla¹⁶ en la aparición de esas negaciones enteramente opacas de su retorno, se la puede llamar en la implicación misma: el NO SIN. En la implicación, tal como se la define por la tradición estoica, tal como no puede ser evitada, independientemente de sus paradojas. Porque seguramente hay cierta paradoja en que esté constituida de tal manera que no importe qué proposiciones p y q constituyan una implicación si las ponen juntas y que es claro decir que “Si la señora Tal tiene el cabello amarillo, entonces los triángulos equiláteros¹⁷ tienen tal proporción respecto a su altura”. Sin duda, en este uso hay cierta paradoja. Pero lo que implica la posición del retorno, a saber, que se vuelva necesaria la condición de devolverse de la segunda proposición hacia la primera es por ese aspecto de NO SIN (esto no va sin). La señora Tal puede tener el cabello amarillo, lo cual no tiene para nosotros una relación necesaria con el hecho de que el triángulo equilátero deba tener tal propiedad. Sin embargo, sigue siendo cierto que el hecho de que ella tenga o no tenga el cabello amarillo, no va sin la cosa que, de todas maneras, es verdadera.

En torno al suspenso de ese *no sin* se perfilan al mismo tiempo el lugar y el modo de surgimiento de lo que se llama la *causa*. Si podemos darle un sentido, una sustancia, a ese ser fantasmático que jamás hemos logrado exorcizar de esa juntura, a pesar de que, manifiestamente, todo lo que desarrolla la ciencia tiende siempre a eliminarlo y no culmina en perfección salvo en aquello de lo que ni siquiera se puede hablar, es la función de ese *no sin* y el lugar que ocupa el que nos permitirá desalojarlo.

Y para terminar en lo que en últimas será objeto y asunto de nuestro próximo encuentro, ¿qué quiere decir el término NO [*non*]? ¿Podemos hacerlo surgir en tanto forma del complementario, o en tanto formado por el DES del desconocimiento, o en tanto término de ese NO SIN [*pas sans*] cuando llegue a aplicarse a los términos más radicales sobre los cuales hice girar para ustedes el asunto de lo inconsciente? A saber, ¿puede acaso ocurrirnos que cuando hablamos del “no ser” se trate de ese algo que en cierta forma estaría en los alrededores de la burbuja del ser? ¿Acaso el no ser es todo el espacio de afuera? ¿Acaso es posible sugerir que sea eso aquello que queremos decir cuando hablamos, a decir verdad, de manera bastante confusa, de

¹⁶ Versión dactilográfica: “revelarla”.

¹⁷ Lapsus y risas de Lacan quien dice primero “triángulos cuadriláteros” [S.].

ese no ser? Yo preferiría, en este caso, titular aquello que está en cuestión y que lo inconsciente interroga, a saber, EL LUGAR DONDE YO NO SOY.¹⁸

En cuanto al *no pensar*, quién irá a decir que se trata ahí de algo que de alguna manera pueda captarse en eso alrededor de lo cual gira toda la lógica del predicado, a saber, esa famosa distinción, que no lo es ¡entre la extensión y la comprensión! Como si la *comprensión* constituyera la mínima antinomia respecto al registro de la *extensión* ¡cuando es claro que todo paso que se ha dado en la lógica en el sentido de la *comprensión* ha sido siempre y únicamente cuando se han tomado únicamente las cosas bajo el ángulo de la *extensión*! ¿Acaso es una razón para que la negación pueda aquí continuar sin un cuestionamiento primordial concerniente a aquello de lo que se trata, si debe quedar vinculada con la extensión? Pues, para nosotros, sólo está ese *no ser* puesto que así mismo el tipo de *ser* que nos importa respecto al sujeto está relacionado con el pensamiento. Entonces, ¿qué quiere decir ese *no pensar*? Quiero decir: ¿qué quiere decir en el punto en que podamos escribirlo en nuestra lógica?

En torno a esta pregunta (la del *no soy* y del *no pienso*), haré recaer nuestro próximo encuentro.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila
Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español:

Álvaro Daniel REYES G., Arturo de la Pava O., Belén del Rocío MORENO C., Carmen Lucía DÍAZ L., Eduardo ARISTIZÁBAL C., Javier JARAMILLO G., Mario Bernardo FIGUEROA M., Pilar GONZÁLEZ R., Tania ROELENS H.

Esta traducción continúa su marcha; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com

¹⁸ *Le lieu où je ne suis pas*: el lugar donde yo no soy / el lugar donde yo no estoy [T.] .